

FERRATA DE SORROSAL

“Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente, enfrentarme solo a los hechos esenciales de la vida y ver si podía aprender lo que la vida tenía que enseñar, para no descubrir, cuando tuviera que morir, que no había vivido.”

Henry D. Thureau.

El sábado 18 de octubre el club tenía programada la vía ferrata de la Cascada de Sorrosal, y en cumplimiento escrupuloso del programa, un grupo de once de nosotros, nos encaramamos a las paredes que acompañan al río Arazas en su descenso hacia Broto, donde ya se calma el río y comienza su recorrido plácido por el valle. Nosotros, lejos de compartir esa calma, estábamos activados por la emoción, la ilusión o el temor, según a quién se dirigiera la mirada.

Tras un encuentro y desayuno en Broto, y ya en el mismo aparcamiento donde habíamos dejado los coches, nos “vestimos” para la ocasión, y nos colocamos arneses, cascos, disipadores, y hierros varios; recolocamos los que fue menester e iniciamos el breve recorrido hacia la ferrata de Sorrosal. Unas cabritas que pastaban en un prado nos miraban los arneses rumiando, y parecía que pensarán: ¡cómo complican los humanos subirse por los riscos!

La vía ferrata es espectacular, remonta la cascada de casi 100 metros que se desploma en dos tramos derramando un abundante y ruidoso caudal y acompaña el descenso del río en sentido inverso a su recorrido. El acceso se hace cruzando un puentecito que llega a la pared por la que se inicia propiamente la vía, en la zona denominada de “los bloques” por lo que una vez establecido el orden de subida, empezamos el ascenso por la pared húmeda. Enrique abrió la marcha, y gracias a sus indicaciones, a su paciencia y a sus consejos, quienes íbamos a su sombra pudimos solventar todas las dudas, de tal manera que a nadie le hizo la pierna “la moto”.

Ayudados por el abundante equipamiento ganamos altura en poco rato ayudados de cadenas, grapas, presas de escalada estratégicamente situadas, pedaletas metálicas e incluso un tronco en el que había tallados unos peldaños; todo bien, todo en orden, mirando por donde pisamos y por donde ponemos las manos y de vez en cuando dirigiendo la mirada hacia el vacío y disfrutando de la emoción de estar tan altos y tan libres.

Continúa la ferrata por la zona “de los pliegues” hacia el paso horizontal y más vertiginoso de todos, pero se salva sin problema alguno. Pese a que el día fue espléndido, por allí nos caían los goterones que se desprendían de la montaña y así

entre mosquetón para arriba y mosquetón para abajo y cambiando en cuanto se pudiera, llegamos a la zona llamada “la plaza del pino”, lugar estratégico donde los haya para hacer mil fotos y para contemplar la cascada casi, casi tocándola con los dedos.

Desde esa meseta salían los cuatro tramos de escaleras (de las de subirse al tejado) que ayudan a ganar altura en un momento, solventando el tramo más aéreo de la vía y que enlazan unas con otras de manera lateral, de modo que había que hacer un pequeño “pas à deux” para cambiar de una a otra. Al llegar arriba y salvado un pequeño paso horizontal, entramos en la cueva, y allí dentro “la mina”, un pasadizo excavado en la roca por el que transcurría el agua que atravesaba la roca y nos asomaba a la parte más alta de la cascada ya por el interior.

Allí el espectáculo era grandioso pues mirando a la derecha se veía la cascada desplomarse desde arriba y llegar al valle, y mirando al frente y a la izquierda, la oquedad que forma el río, la luz filtrada, el agua azul turquesa, las formas caprichosas de las rocas y los equipamientos de la ferrata y los del barranco, que en ese tramo comparten recorrido.

Encaramados a la roca fuimos bordeando la oquedad hasta llegar al puente tibetano que cambia al otro lado del cauce: en este club, si las emociones no existen, se inventan, pero no hizo falta inventar ninguna y todos atravesamos el cable sobre el río con solvencia, divertimento y alivio. De allí en unos pasos trepidantes hasta la zona llamada de la playa, donde el río se remansa en un gran peldaño y la orilla forma una pequeña ensenada que permite observar desde arriba las progresiones de los compañeros que cerraban la cordada. Momento de frutos secos, agua, plátano y alegres comentarios, para después encarar la última parte de la ferrata, ya lejos del agua y subiendo por una nueva zona de grapas hasta encaramarnos al balcón de Broto y disfrutar de las vistas del valle y de los pueblos que lo habitan.

El retorno es un plácido paseo con unas magníficas vistas de los macizos de Ordesa y las “rodadas” de la faja de las flores que a algunos nos llamaban con cantos de sirena. Estupenda ocasión también para ver, descubrir y fotografiar todo tipo de setas y para comentar la jugada, para celebrar el recorrido y para sentirnos una vez más, felices de tener la oportunidad, los medios y las ganas de superar retos y temores y de estar allí donde queremos estar.

Gracias a todos los que se esfuerzan porque las cosas salgan bien, a los que se esfuerzan por acudir a las excursiones, a los que se esfuerzan por terminirlas y a los que se esfuerzan por superarse. Gracias a aquellos en quienes nos podemos mirar. Gracias a mi abuela, que a la mañana siguiente, decidió ella también hacer la última ferrata de su vida y ya está en la cima de todas las montañas.

Conchi García-Reol